

Es preciso privarse de ciertos gustos, mortificar los sentidos, vivir con algun recogimiento, retirarse, por lo menos, el dia antes de la comunión. A esto no se acomoda el amor propio, y recurre al artificio. Hácese presente aquel divino sacramento rodeado de todo su esplendor; la majestad, la santidad de un Dios oculto en las apariencias de pan, atemorizan; paréciese que va creciendo en su alma el respeto y el temor; y en lugar de inferir de aqui que deben reformarse para hacerse menos indignos de aquel celestial convite, concluyen que deben abstenerse de él, y con esta engañosa consecuencia queda desahogado el amor propio.

Reprueba siempre este error, y nunca te dejes caer en este lazo. Ten perpetuamente en la memoria los saludables consejos de san Francisco de Sales, y síguelos. « Si los mundanos (dice el santo) te preguntaren por qué comulgas tan á menudo, diles que para aprender á amar á Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias, para consolarte en tus aflicciones, para fortalecerte en tus flaquezas. Diles que dos géneros de gentes han de usar de la frecuente comunión: los perfectos, porque estando bien dispuestos harian muy mal en no acercarse á la fuente de la perfeccion y de la santidad; y los imperfectos para hacerse perfectos: los fuertes para no hacerse flacos; y los flacos para hacerse fuertes: los enfermos para sanar; y los sanos para no caer enfermos; y que como tú eres imperfecto, flaco y enfermo, tienes necesidad de comunicar frecuentemente con el que es tu perfeccion, tu fortaleza y tu médico. Diles que las personas del mundo que no están muy ocupadas deben comulgar á menudo, porque tienen comodidad; y las que están empleadas en grandes negocios no deben hacerlo con menos frecuencia, porque tienen necesidad de

mayores auxilios; y que el que trabaja mucho en labores muy pesadas necesita de alimentos mas sólidos, y de comer mas veces que otro. Diles que tú comulgas muchas veces para aprender á comulgar bien, porque regularmente se hace mal lo que se hace rara vez. »

2. Con todo eso, acuérdate que si se obliga á entrar en la sala del convite á los gotosos, á los ciegos y á los débiles, es con la precisa condicion de que todos hayan de entrar con la vestidura nupcial. A ninguno se le dispensa en las condiciones necesarias para comulgar bien. Prepárate siempre para la comunión desde la víspera; visita con este fin al Santísimo Sacramento, y proponte el fruto particular que deseas sacar de la siguiente comunión; no te arredre la dificultad, porque quien posee á Jesucristo se hace en cierta manera omnipotente.

---

## DIA SEGUNDO.

### LOS SANTOS MARCELINO, PEDRO Y ERASMO LLAMADO VULGARMENTE SAN ELMO, MARTIRES.

Era san Marcelino presbítero de la iglesia de Roma, y san Pedro exorcista de la misma hácia el fin del tercer siglo, y á principio del cuarto. La eminente virtud de Marcelino, y la santidad de su exorcista brillaban tanto en aquella capital del mundo, que no podian esconderse á la persecucion de Diocleciano en un tiempo en que todos los parajes estaban teñidos de la sangre de los mártires. El gran poder que el santo exorcista ejercia sobre los demonios irritó á todo el infierno, y este conmovió contra san Pedro todo el furor de los gentiles. Por su mucha reputacion, por

su gran zelo y por sus continuos milagros fué acusado ante Sereno como el mayor enemigo de los dioses. Fué preso y encerrado en un oscuro calabozo despues de haber sido despedazado muchas veces su cuerpo con azotes muy crueles.

Asombró á los mismos paganos la alegría que el generoso mártir mostraba en los tormentos, sufriendolos con un semblante apacible, modesto y siempre risueño. Oíanle cantar de dia y de noche alabanzas al Señor en medio de su horrorosa prision, cargado de hierro, y estando su santo cuerpo hecho todo una llaga. Observó un dia que el carcelero, llamado Artemio, siempre que bajaba al calabozo se mostraba triste y lloroso, manifestando en el semblante la amargura que afligia su corazon. Preguntóle qué cosa era la que tanto le desconsolaba. Lloro (dijo Artemio) la desgracia de una hija mia, á quien amo tiernamente, y no hallo remedio ni alivio para sus males. Años ha que está poseida de un demonio que la atormenta horribilmente, obligándola á hacer espantosas contorsiones, y ahora mismo la dejo en tan lastimoso estado.

Pues si no te aflije otra cosa, respondió el santo, fácil será consolarte. ¿Pero cómo? replicó el carcelero. Librando á tu hija de ese demonio, respondió san Pedro. Eso es bien cierto, dijo Artemio; pero ¿qué hombre ni qué Dios será capaz de hacer ese milagro? Yo, respondió el santo exorcista, por virtud de mi Señor Jesucristo, único Dios verdadero, á quien adoro y á quien sirvo. Oyó con risa y con lástima esta respuesta el carcelero, y le replicó como haciendo burla: segun eso, muy simple ó muy loco eres en no valerte del gran poder de ese tu Dios y Señor para librarte de las cadenas y del calabozo. Conozco lo mucho que vale este calabozo y estas cadenas, respondió el santo exorcista, y estoy muy lejos de desear verme libre de ellas; ni el

grande amor que me tiene mi divino Salvador permitirá que yo me prive de tan preciosa corona. En los tormentos está toda la fortuna de los cristianos. Pues mira, le interrumpió Artemio, si quieres que yo crea en ese tu Dios, y en el gran poder que le supones, rompe por tí mismo las cadenas; abre el calabozo, penetra por medio del cuerpo de guardia que está á la puerta, y búscame esta noche en mi cuarto. Dicho esto, volvióle las espaldas con un género de desprecio, y se retiró á su casa.

Apenas entró en ella cuando dijo á su mujer: *Vengo de visitar los presos, y dejo en el calabozo á un pobre mozo cristiano, á quien los tormentos y la prision han trastornado la cabeza; pero su locura es muy graciosa: dice que por la virtud de Jesucristo, su Dios, libraré del demonio á nuestra hija Paulina. Pero en eso ¿qué locura hay, ni qué se va á aventurar en hacer la prueba?* respondió Cándida, que así se llamaba la mujer de Artemio. *La locura*, replicó este, *consiste en que, habiéndole pedido, en prueba de la virtud de su Dios, que viniese esta noche á buscarme en mi cuarto; el pobre mozo me lo prometió, aunque le doblé las prisiones y la guardia. Como él cumpla su palabra, respondió Cándida, será buena prueba de que no hay otro Dios verdadero mas que el suyo. Tan loca me parece que estás tú como lo está él,* replicó Artemio; *aunque Júpiter y todos nuestros dioses se empeñaran en librarle de las cadenas, y en sacarle del calabozo, no lo podrian conseguir.* Ibase acalorando la conversacion cuando san Pedro, librado milagrosamente de las prisiones, se dejó ver en la puerta del cuarto, vestido de blanco, y con un crucifijo en la mano. Quedaron atónitos Artemio y Cándida; vuelven en sí, arrójanse á sus piés, deshechos todos en lágrimas, y claman á voz en grito que no hay otro Dios verdadero sino el Dios de los cristianos. Acude Paulina al ruido; arro-

dillase delante del santo, y no pudiendo sufrir su presencia el demonio que la atormentaba, sale de su cuerpo rabiando y gritando: *O Pedro, la virtud de Jesucristo que está en tí me arroja de mi casa, y me obliga á dejar libre el cuerpo de esta doncella.*

Corrió luego la voz de tan estupenda maravilla; llenóse la casa de vecinos y de parientes, que, siendo testigos de un hecho tan milagroso, preocupados de asombro y de admiracion, pidieron todos el bautismo. Inundado san Pedro de un suavísimo consuelo á vista de tantas conversiones, salió luego á buscar al presbítero Marcelino, el cual, habiéndoles explicado los principales misterios de la fe, y viéndolos á todos en la mejor disposicion, les administró el sacramento por que tanto suspiraban; y Artemio, no cabiendo dentro de sí por el gozo de verse ya cristiano, fué á las prisiones, ofreció la libertad á todos los que quisiesen bautizarse, y se la dió á todos los cristianos.

Por haber caído malo á la sazón el vicario Sereno, tuvieron tiempo y libertad san Marcelino y san Pedro para instruir por espacio de cincuenta dias á los nuevos cristianos, preparándolos y fortaleciéndolos para recibir la corona del martirio. Luego que el vicario convaleció, llamó á Artemio, y le mandó traer á su presencia á todos los prisioneros. *Señor,* respondió el alcaide, *las prisiones están del todo vacías, porque Pedro, exorcista de los cristianos, rompió las cadenas de todos los que por vuestra orden estaban en los calabozos, y les abrió las puertas de la cárcel por la virtud omnipotente de Jesucristo; á vista de cuyo milagro todos abrazamos la fe, todos nos hicimos cristianos, recibiendo el santo bautismo; y solo el presbítero Marcelino, Pedro su exorcista y yo estamos á vuestra disposicion.*

Salió fuera de sí el vicario con la respuesta de Artemio, y mandó que allí mismo le despedazasen las carnes con unos ramales armados de bolillas de plo-

mo, á cuyo tormento no pudiera sobrevivir sin particular milagro. Hizo despues venir á san Marcelino en presencia de san Pedro, y dijo á los dos: *Disponéos para ser tratados de la misma suerte, despues de lo que acabais de ver ejecutar, si en este mismo punto no ofreéis incienso á nuestros dioses inmortales, renunciando á ese vuestro Jesucristo: No permita Dios,* respondió Marcelino, *que cometamos jamás tan sacrilega impiedad; no hay mas que un solo Dios verdadero, y reconocer á otro por tal es la mayor de todas las locuras. Por la virtud poderosa de este Dios se hicieron pedazos las cadenas de los que tentais en la cárcel, y se abrieron las puertas de las prisiones; no quierais imputarnos á delito esta maravilla; antes bien reconoce por ella que no hay otro Dios que el Dios de los cristianos.*

Ya no pudo contener mas la cólera Sereno; y mandando apalear cruelmente á Marcelino, cuando vió molido todo su cuerpo, ordenó que le condujesen á un tenebroso calabozo, y le dejasen tendido en el suelo sobre cascotes de vidrio, sin agua ni alimento, para que muriese de dolores y de hambre. San Pedro fué llevado á otra prision, donde le dejaron con fuertes grillos en los piés, y con todo el cuerpo atormentado. Pero la misma poderosa manó, que habia puesto en libertad á los otros santos confesores, libró tambien á nuestros invictos mártires. Aquella misma noche entró un ángel en el calabozo donde estaba Marcelino, y haciendo pedazos las cadenas, le ordenó que tomase sus vestidos; condújole á la prision del exorcista Pedro, libróle de los grillos, curólos á entrambos, y los llevó á la casa donde estaban los nuevos cristianos en oracion, en cuya compañía se mantuvieron algunos dias, confirmándolos en la fe y disponiéndolos para el martirio.

Quando supo Sereno que Marcelino y Pedro habian desaparecido de la cárcel, descargó contra Artemio

todo su furor. Mandó que él, Cándida su mujer, y Paulina su hija fuesen llevados al templo de Júpiter, y no queriendo ofrecerle sacrificio, sin dilacion fuesen enterrados vivos, cubriéndolos de piedras en una profunda hoya que se abrió á sus mismos piés, con cuyo tormento en breve tiempo consumaron su martirio. Cuando los conducian al suplicio, iban delante de ellos san Marcelino y san Pedro con otros muchos cristianos, acompañándolos como en triunfo; pero Dios premió luego su zelo y su fervor, porque volviéndolos á prender, fueron luego degollados por sentencia de Sereno.

Por temerse alguna sèdicion se ejecutó la sentencia á una legua fuera de Roma, en un paraje que entonces se llamaba la selva negra, y despues en memoria de los santos mártires la selva blanca, y recibieron la corona del martirio hácia el año de 304. Arrojaron sus santos cuerpos en una profunda sima, donde estuvieron ocultos hasta que los mismos mártires se lo revelaron á una piadosa mujer, llamada Lucina, quien los retiró de allí, y les dió decente sepultura.

En tiempo del emperador Ludovico Pio, por los años de 826, fueron trasladadas de Roma á Michelsstad en Alemania, las reliquias de san Marcelino y san Pedro, y desde allí el año de 827 lo fueron segunda vez á Mulinhein, colocándolas en la abadía que hoy se llama de *Salgenstad*.

El mismo día hace la Iglesia la conmemoracion de san Erasmo. Nació en el Oriente, y por su gran virtud fué elevado á la dignidad de obispo hácia el fin del tercer siglo, siéndolo de una iglesia perteneciente al patriarcado de Antioquía. Como la cruel persecucion de Diocleciano desolaba todo el país, se retiró nuestro santo á un desierto del monte Libano, donde hizo una vida tan pura, tan mortificada y tan ejem-

plar, que admiró á todo el país. Respetábanle hasta los mismos brutos, y muchas veces le vieron rodeado de fieras, que postradas á sus piés obedecian su voz. A su presencia huian los demonios de los cuerpos, y con su bendicion quedaban sanos los enfermos.

Volvió á Antioquía, donde convirtió á la fe gran número de gentiles, haciéndose su nombre tan famoso, que el emperador Diocleciano tuvo gana de verle. Quedó admirado cuando vió su compostura, su gravedad y su modestia, y no perdonó diligencia alguna para ganarle. Pero desengañado de que perdía el tiempo, y advirtiendo que sus respuestas hacian impresion en el ánimo de los mismos paganos, mandó que le hiciesen sufrir todos los tormentos juntos. Ejecutóse la órden con rigor: fué primero apaleado, despues molido á golpes, en tercer lugar azotado con plomadas, que hicieron una sola llaga de todo su cuerpo; echaron sobre él resina, azufre, plomo derretido, pez, cera, y aceite hirviendo, sin recibir lesion alguna. Invocaba sin cesar á los santos nombres de Jesus y de María en medio de los tormentos, y ellos le mitigaban el dolor y le curaban las heridas. A esta maravilla se siguió un terremoto muy violento; y movido el pueblo de tantos prodigios comenzó á gritar que se pudiese en libertad al santo obispo. Atemorizado el emperador, mandó que le llevasen á la cárcel, de donde le sacó milagrosamente un ángel; ordenándole que se embarcase para Italia. Aportó á las costas de Nápoles, retiróse á Formiers donde hizo grandes conversiones, y obró grandes maravillas, con que se hizo célebre su nombre.

Noticioso el emperador Maximiano de los prodigios que obraba aquel extranjero, supo que era cristiano y obispo. Mandóle prender; y admirado de su zelo y de su constancia, y del ardiente deseo que tenia del

martirio, hizo que le despedazasen las carnes con uñas de hierro: viéndole inflexible, mandó que le metiesen en una caldera de pez y aceite hirviendo, la que con la señal de la santa cruz se convirtió en un fresco y delicioso baño. Confuso el emperador viéndose vencido, dió orden de que le encerrasen en un lóbrego calabozo, con determinacion de hacerle padecer nuevos tormentos; pero aquella misma noche se le apareció san Miguel, sacóle de la cárcel, y le trasladó á Formiers, ciudad marítima de la antigua Campania entre Gaeta y Minturno, donde hoy está Mola, en la Tierra de Labor. Anunció el santo la fe á todos aquellos pueblos, fué su apóstol, y despues de muchos milagros y trabajos, lleno de días y de merecimientos, subió al cielo á recibir la corona del martirio el día 2 de junio del año 303. Estuvo en Formiers el santo cuerpo hasta el siglo nono, que fué destruida la ciudad por los Sarracenos, y por los años de 840 fué trasladado á Gaeta, donde se conserva hoy con mucha fe y con igual veneracion. Hicieronle célebre en todas las partes del mundo los grandes prodigios que obra el Señor por la intercesion del santo. Es el tercero de los quince patronos del Occidente; esto es, de los santos tutelares que se invocan en los mayores peligros; son en este orden: San Jorge, san Blas, san Erasmo, san Pantaleon, san Victo, san Cristóbal, san Dionisio, san Ciriaco, san Acacio, san Eustaquio, san Gil, san Mago, santa Margarita, santa Catalina y santa Bárbara.

San Erasmo es el que se llama vulgarmente *san Telmo*, especialmente en Italia, España, Francia, Sicilia y Portugal; nombre corrompido, ó á lo menos abreviado por los marineros del Mediterraneo, de quienes el santo es singularmente invocado en las tempestades y peligros del mar; y su particular proteccion, que se experimenta en ellos, fué ocasion de

que se llamasen *Santelmos* aquellas exhalaciones que en las borrascas se suelen ver sobre los mástiles de los navios, y son presagios de próxima serenidad.

### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la fiesta de los santos mártires Marcelino, presbitero, y Pedro exorcista, quienes, instruyendo á muchas personas en la fe durante su encarcelamiento en tiempo de Diocleciano, fueron aherrojados, de mil modos atormentados, y luego condenados por el juez Severo á ser decapitados en el lugar llamado la selva negra, llamada luego la selva blanca en honor de los santos mártires. Sus cuerpos fueron sepultados en una gruta al lado de san Tiburcio. El papa san Dámaso compuso en su alabanza unos versos que fueron entallados sobre la lápida de su sepulcro.

En Campania, san Erasmo, obispo y mártir, que bajo Diocleciano fué primero azotado con plomadas, molido á palos, bañado con pez y resina, azufre y plomo derretido, con cera y azeite hirviendo, lo que al parecer no le hizo mal alguno. Luego en tiempo de Maximiano padeció aun en Formiers diferentes atroces tormentos; pero el Señor le conservó para fortalecer á los demás. En fin plugo al Señor llamarle á sí con la gloriosa muerte del martirio.

En Leon de Francia, los santos mártires Potino obispo, Maturó, Póntico, Biblis, Atalo, Alejandro y Blandina, con otros muchísimos, cuyos grandes y repetidos combates bajo Marco Aurelio y Lucio Vero están descritos en la carta que la iglesia de Leon escribió á las de Asia y Frigia. Santa Blandina, no obstante la debilidad de su sexo, la delicadeza de complexion y lo humilde de su condicion, fué la que sostuvo mas prolijos y acerbos tormentos, y manteniéndose firme como una roca, fué degollada si-

guiendo así á los que un momento antes exhortaba á la palma del martirio.

En la diócesis de Laon, san Augis, confesor, cuyo cuerpo está en San Miguel de Tieraquia.

Dicho día, san Senecion, martirizado con otros muchos de ambos sexos.

En Alejandria, martirio de cuarenta vecinos de dicha ciudad en compañía de algunas doncellas, que el duque Sebastian mandó matar impulsado por Jorge, obispo arriano intruso en lugar de san Atanasio.

En los confines de Egipto y de Etiopia, santa Teemedá, martirizada con sus hijos.

En Trani de la Pulla, san Nicolás el Peregrino, cuyos milagros fueron autenticados en un concilio de Roma, celebrado bajo Urbano II.

*La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la que sigue :*

Deus, qui nos annua beatorum martyrum tuorum Marcellini, Petri atque Erasmi solemnitate lætificas : præsta, quasumus, ut quorum gaudemus meritis, accendamus exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tus bienaventurados mártires Marcellino, Pedro y Erasmo ; suplicámoste que al mismo tiempo que nos alegran sus merecimientos, nos enciendan sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo.

*La epístola es del cap. 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres : Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Nam expectatio creaturæ, revelationem filiorum Dei expectat.

Hermanos : Los trabajos de esta vida no merecen dignamente la futura gloria que se descubrirá en nosotros. Porque este mundo criado está en acecho, esperando la manifestacion de

Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum qui subjecit eam in spe : quia et ipsa creatura liberabitur à servitute corruptionis in libertatem gloriæ filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc : Non solum autem illa, sed et nos ipsi primitias spiritus habentes : et ipse intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes, redemptionem corporis nostri.

los hijos de Dios. El mundo criado, pues, ha sido sujeto á la vanidad, no por su voluntad, sino por la de aquel que le sujetó con esperanza ; porque tambien el mundo criado será libre de la servidumbre de la corrupcion por la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen, y están hasta ahora en los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, tambien nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopcion de hijos de Dios, la redencion de nuestro cuerpo.

NOTA.

« Escribió esta epístola en Corinto el año 57 del nacimiento de Cristo, veinte y cuatro despues de su muerte, y fué enviada por mano de Febé. El ánimo del Apóstol, ó por mejor decir el intento del Espiritu Santo, era instruir por medio de ella no solo á los fieles de Roma, sino á todos los esparcidos por todo el mundo ; y por eso se escribió en griego, que entonces era la lengua universal, familiar hasta á las mujeres de Roma, y casi comun á todas las naciones. »

REFLEXIONES.

*Las tribulaciones de esta vida no tienen proporcion con la gloria futura.* Padécese en este mundo, es verdad ; en todas partes nacen las cruces ; son frutos de todos tiempos, prodúcenlos todos los climas ; no hay estado, no hay condicion que esté exenta de ellas.

Hasta la misma virtud cristiana, único principio del verdadero mérito, al que parece debieran perdonar las cruces, no solo las fomenta, sino que muchas veces ella misma las produce; como que no puede vivir sin ellas. Pocos santos hay en el cielo que no mezclasen la bebida con sus lágrimas, y menos que ellos mismos no cultivasen las cruces, para que creciesen mejor. Pocos siervos de Dios, seque hubiesen contentado con las cruces y con las espinas que nacian, por decirlo así, en su mismo terreno. ¡Qué estudio, qué cuidado, qué industrias tan ingeniosas para macerar su carne, para mortificar sus sentidos, para humillar su espíritu, para crucificar su cuerpo, para aniquillar su amor propio! Las mas duras, las mas ásperas mortificaciones no bastaban á saciar el hambre que tenían de padecer. Adversidades, persecuciones, desprecios, humillaciones, desgracias, este era el patrimonio de los santos; con estas sombras se ha de pintar su retrato. Añade á todo esto lo que padecieron los mártires; horcas, cadalsos, hornos encendidos, uñas aceradas, *non sunt condignæ*: nada de esto tiene proporcion con el premio. Pero no pienses que no solo no tiene proporcion con él aquella gloria futura, aquella felicidad de los bienaventurados, aquel gozo del Señor, en que están como embebidos despues de esta miserable vida, y es fuera de todo precio, sin medida, sin límites, sin término. Tampoco tienen proporcion con aquel consuelo interior, con aquella dulzura, con aquella oculta suavidad, con aquella espiritual alegría que acompaña á las tribulaciones, que hace el yugo del Señor tan suave, y su carga tan lijera. Vale mucho menos todo cuanto se puede padecer por merecerlo. ¡ Mi Dios! ¿ qué consuelo de mayor satisfaccion? ¿ qué gusto mas dulce ni mas exquisito que el que causa en la hora de la muerte la memoria de una vida oscura, humilde y

mortificada? *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*: reboso de alegría en medio de todas mis tribulaciones, decia el apóstol san Pablo. Este es el lenguaje de los santos; no gustan otro idioma las almas justas. ¡ Cuándo discurrirán, cuándo hablarán así esos dichosos del mundo, esos hombres de deleite, esos idólatras de las diversiones! Pero ¿ de dónde nacerá que en medio de todas esas fiestas; en medio de todos esos caminos anchurosos, sembrados todos de rosas y de flores; en el mismo tiempo que todo se les rie, en esa serie de prosperidades y perpetuo enlace de gustos y de entretenimientos, experimentan tan turbada, tan mezclada de amarguras su alegría? ¿ que sea toda artificial? ¿ que sus dias sean tan poco serenos y tan poco tranquilos? No logran gusto que no sea insustancial, inquieto, atropellado, mezclado con hiel y con acibar. No pueden separar de sus fiestas los disgustos y las desazones; las inquietudes, la turbacion y los remordimientos los acompañan á todas partes; y este es todo su premio, este todo el fruto de sus trabajos. ¡ Qué fruto tan amargo! pero no tienen otro. En medio de eso padecen; tambien se les atreven los contratiempos; tienen que aguantar gravísimas pesadumbres. Padecen; y es bien seguro que se padece mas en el servicio del mundo, que en el servicio de Dios. Por lo menos es muy cierto que en el servicio del mundo se padece sin alivio, sin consuelo, sin fruto y sin recompensa; pero cuanto se padece en el servicio de Dios no tiene proporcion con la gloria futura.

*El evangelio es del cap. 21 de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus En aquel tiempo dijo Jesus á  
discipulis suis : Cùm audieris sus discipulos : Cuando oyéreis  
tis prælia et seditiones, nolite las guerras y sediciones, no os

terreri: oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surgat gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magui erunt per loca, et pestilentia, et fames, terroresque de cælo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam cui non poterunt resistere et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte efficiet ex vobis: et eritis odio omnibus propter nomen meum; et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre: mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

## MEDITACION.

## DE LA PACIENCIA.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas necesaria ni mas util que la paciencia cristiana. Ella es, hablando en rigor, el remedio universal, y casi el único que nos hace encontrar algun alivio en nuestros trabajos. La paciencia os es necesaria (dice san Pablo) para que, haciendo la voluntad de Dios, experimenteis el efecto de sus promesas; sin esta virtud todas las demás no hacen mas que apuntar, porque sin paciencia no hay perseverancia. El combate es dilatado, porque toda la vida es una continua guerra; la victoria supone la paciencia, y la corona siempre se debe á esta importante virtud.

Cultivamos, por decirlo así, una tierra ingrata; la broza, los matorrales y las espinas nacen debajo de los piés; arráncanse, y vuelven á retoñar; en todas las condiciones pican; ni el trono está exento de ellas; sin el socorro de la paciencia sus puntas no solo punzan, sino despedazan; solo la paciencia las embota: *Con nuestra paciencia poseeremos nuestras almas*: es decir, que con ella domaremos nuestras pasiones. La paz y la tranquilidad del alma son su primer fruto. Ninguna cosa calma tanto la inquietud y la agitacion del espíritu como la paciencia; tranquiliza los impetus de una edad, ó de un genio excesivamente fogoso; sosiega todas las inquietudes, y es el único secreto que hay para vivir siempre contentos.

¡ Mi Dios, cuántas desazones, y aun cuántos pecados evitaríamos si tuviésemos un poco mas de pa-



ciencia! El copioso manantial de todas nuestras inquietudes es nuestra impaciencia, ó á lo menos de toda la amargura que experimentamos en nuestros contratiempos y en nuestros enemigos. Cuando no consume toda la hiel que exprimen contra nosotros; cuando no extinga todo su odio, por lo menos hace inútiles todos sus esfuerzos. La paciencia es la virtud de las almas grandes; es la de todos los santos: ¿qué razón habrá para que no sea también la nuestra?

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay cosa más inútil, menos racional, ni más nociva que impacientarse. Los disgustos, las pesadumbres y los contratiempos son los que producen y los que fomentan las impacencias; esto es, nuestra indignación y nuestra cólera con todo aquello que nos enfada. Pero y bien: si lo que nos enfada no está en nuestra mano; si los contratiempos no dependen de nosotros; si no se pudieron prevenir ni evitar esas desgracias; si el verdadero origen de nuestras inquietudes y de nuestros enfados somos nosotros mismos, ¿qué cosa más inútil ni más extravagante que impacientarse? Porque al fin, ¿qué cosas son las que suelen impacientarnos? Una enfermedad molesta y dilatada; un temporal enfadoso; un criado rústico, tonto y desmañado; tal vez nuestra poca habilidad y nuestra poca maña irritan el mal humor y causan nuestras impacencias; pero en todo esto, ¿qué razón tendremos para inquietarnos? Corrijamos lo que pende de nosotros; remedemos lo que está en nuestra mano; pero lo que sale de la esfera de nuestro poder, ¿por qué nos ha de poner de mal humor? ¿Qué juicio haríamos de un hombre que se encolerizase y echase pestes por la porque el sol se ponía muy presto, ó salía muy

tarde? Pues valga la verdad; ¿son menos extravagantes las causas que por lo común motivan nuestras impacencias? Ellas siempre son indicios de un corazón poco sereno, de un genio avinagrado, y de unas pasiones vivas, dominantes y nada mortificadas. Tristes frutos de un terreno tan vicioso como inculto.

¡Cuántas veces precipita la impaciencia en palabras, cuya indiscreción se llora por mucho tiempo! ¡Cuántos ímpetus, cuántos rebatos han perdido á muchos hombres de bien, y arruinado muchas familias! En ninguna cosa se muestra más la virtud que en la paciencia; ninguna desacredita tanto la devoción; ninguna parece más contraria á un corazón verdaderamente cristiano; ninguna echa más á perder los frutos del buen ejemplo, que un natural inquieto y poco sufrido. Es menester ser uno dueño de sus pasiones; es menester haberlas domado por largo tiempo; es menester haberse hecho mucha violencia para poseer su alma por la paciencia. ¿Sabes por qué eres impaciente? porque no eres mortificado.

¡Dios mío! ya que me habeis dado á conocer la necesidad que tengo de esta importante virtud, concedédmela por vuestra bondad y misericordia. Señor, pues vos me disteis tantos y tan admirables ejemplos de paciencia, otorgadme también la misma amable virtud.

#### JACULATORIAS.

*Nonne Deo subjecta erit anima mea? ab ipso enim salutare meum.* Salm. 61.

Alma mía, ¿por qué no has de estar siempre sujeta á la voluntad del Señor, puesto que él solo es, y de él solo esperas tu salud?

*Expecta Dominum; viriliter age.... : et sustine Dominum.* Salm. 26.

Animo, alma mía; sufre con fortaleza tus trabajos, y confía en el Señor.

#### PROPOSITOS.

1. Por lo comun no hay cosa mas irracional que el motivo de nuestras impaciencias. Enfadámonos contra el rigor del tiempo, contra la intemperie del aire, contra la situacion del lugar, contra las incomodidades del viento y de la lluvia. Chócanos la extravagancia de los genios, la figura de los otros, sus modales, el sonido de su voz, todo nos da en rostro. Una leve indisposicion, cualquiera destemplanza nos pone melancólicos, téttricos, fastidiosos, insufribles. Fatíganos un genio intrépido y un genio pelmazo. Una respuesta menos discreta, una palabra inconsiderada, un accidente imprevisto nos pone de mal humor. Unas veces nos desazona la taciturnidad, y otras la locuacidad de las personas. Hasta nuestros mismos defectos nos hacen impacientes; tal vez nos llena de cólera nuestra insuficiencia y nuestra mentecatez, siendo lo peor que lo pagan los otros. ¿Cuántas veces se impacienta uno contra el instrumento que toca, ó contra la pluma con que escribe? Pero ¿quién tendrá la culpa? ¿Son estos motivos racionales para turbar la paz de un hombre y tal vez la de toda una familia? Y cuando alguna vezuviésemos razon, ¿seria justo que los que no se sientan á jugar pagasen por los que pierden? Ya que nosotros no tengamos virtud para llevar en paciencia los sinsabores de la vida, ¿han de cargar con nuestros enfados aquellos que nos tratan? ¿puede haber mayor injusticia? Imponte una ley de no mostrarte jamás enfadado, ó á lo menos de no hacer que carguen otros con la amargura de tu corazon. Ciertamente no son los otros los que encienden tu cólera; tú mismo eres el que aplicas el fuego. Si conoces que se van

levantando los primeros impetus, ó excitando las primeras chispas de la ira, irritada por algun objeto, no partas de corrida; no respondas de repente; dilata la correccion para otro tiempo; muda la conversacion, y si puede ser, muda tambien de objeto mostrando mas dulzura y agrado. Con un poco de resolucion y vigilancia evitarás muchos deslices.

2. No hay cosa mas opuesta á la virtud y á la verdadera devocion que la impaciencia; vicio que desde luego acredita la inmortificacion del que le tiene. Un devoto impaciente hace mucho agravio á la virtud; pues ser impaciente y hacer profesion de una vida ejemplar parece especie de quimera. Mira con horror este grosero defecto. ¿Qué mal, qué trabajo curán ó alivian las impaciencias? Por el contrario, solo sirven para hacerlos mas pesados y para perpetuarlos. Toma desde luego la generosa resolucion de no mostrarte nunca mas apacible ni mas manso que cuando sientes el corazon mas lleno de amargura. Ni concibas que esto es sumamente dificultoso, aunque se lo parezca asi a las almas cobardes y dominadas de sus pasiones. ¿Qué paciencia no se tiene con un viejo enfadoso, con un enfermo inquieto, con un pariente extravagante, de quien se espera una rica herencia? ¿qué paciencia han menester y efectivamente gastan los que sirven en la guerra, los que asisten en la corte? ¿Cuánto tienen que sufrir y que disimular por no disgustar al soberano ó al ministro? ¿Y no merecerá Dios que se tenga tanta paciencia por servirle y agradarle? Sea esta virtud la que en adelante te distingua y te caracterice.